

hermoso adolescente henchido de ideales, cuya admiración por la vida dedicada de la comunidad sufre un trastocamiento paulatino. Siente la presencia de Dora Greenfield y sucumbe ante el encanto sensual de la mujer. Está Catherine, la bella "santa" de la comunidad, pronta a convertirse en monja, pero cuyo amor por Michael, sostenido en silencio, es más fuerte que su apego a Dios.

Contiguo a la comunidad de aficionados —con su carga de pecado que hace imposible la verdadera comunión divina— está el convento, con sus monjas entregadas al culto total y profundo. Iris Murdoch parece decirnos que aquí se encuentra una realidad, una verdad indudable, en contraste con la exploración efímera de los seres que habitan Imber Court. Lo real y lo supuesto se encuentran lado a lado, como en la vida. Pero la escritora no recurre a la ironía en su tratamiento de Imber Court, sino que retrata los hechos y personajes a la luz de su esfuerzo por identificarse con un ideal. La sinceridad del intento dignifica al grupo; pero hay fuerzas poderosas contra las cuales éste se encuentra impotente. Ellas penetran y dejan su semilla.

La trama es compleja, las relaciones y conflictos apasionantes y desarrollados en toda su lógica. La disolución de la comunidad es el resultado inexorable de los acontecimientos, los que concluyen en tragedia para uno y luz para los otros.

En contraste con los personajes está la naturaleza, descrita con tal fuerza que el paraje asume las propiedades de un protagonista. El lago en la lluvia, en plenilunio, bajo el sol de verano, se identifica con el estado subjetivo de determinadas personas a la vez que apuntan a la perennidad imperturbable de los elementos. En la comunidad todos trabajan; a lo largo de la narración existe el movimiento y las labores propias del agro. Y esto también tiene su significado, porque Iris Murdoch no olvida que la vida del hombre se desarrolla, a la vez que en un plano espiritual, en un plano físico.

Es éste un libro rico en sugerencias y de vital contenido para nuestros días.

A. T.

<https://doi.org/10.29393/At402-125ELJG10125>

Elegías, de CHELA REYES.

Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1962, 52 pp.

Con excelente ilustración de Luis Meléndez aparece esta nueva colección de poemas pertenecientes a Chela Reyes. Algunas opiniones transcritas en la solapa del libro dan cuenta de la estima en que la tienen figuras como Ricardo Latcham y Gabriela Mistral. Latcham afirma: "...Chela Reyes ha sabido dar lo mejor de su temperamento en una asociación curiosa de hondura psíquica y de amor a la naturaleza, la que aquí surge estilizada y sometida a una sutil experiencia, que es ajena a toda retórica superficial". Gabriela Mistral, por su parte, define la poesía de Chela Reyes como una poesía "sin banalidad, rara en mujer joven, sin falsedad, como ya sedimentada por el tiempo". Ambos elogios se refieren a obras anteriores de la poetisa, y

pudieran resultar algo excesivos para los poemas que se incluyen en el presente volumen.

Desde el punto de vista formal, la autora respeta, quiera o no, los sistemas más tradicionales e, incluso, retóricos de expresión poética. No hay la simplicidad de sus primeras obras, ni menos aquella espontaneidad que tanto le alaban Latcham y la Mistral. Poseída de mayor dominio de las formas, exhibe su virtuosismo y recurre frecuentemente a un aparato expresivo que obliga a leer varias veces sus obras para tener un primer acceso a ella.

En el plano del contenido, Chela Reyes maneja una variada gama de imágenes exclusivamente sensoriales, muchas de ellas elegidas según un criterio acentuadamente esteticista. Lo conceptual y lo puramente imaginativo se entremezclan, y ello es causa primera de cierta confusión estética bastante marcada. Con frecuencia, la imagen vale nada más que por su función alegórica. El símbolo es, a menudo, fácil; muchos ya son moneda poética de extendida circulación. El fondo básicamente conceptual de buena parte de la imágenes resulta evidente en el poema *Pánico* (pp. 37-38). El tema de la abreviada disertación es... "la poesía":

En primer lugar, la canción surge, para la poetisa, desde la naturaleza misma; es un elemento de ella. Imagina que "del verde mar" se levanta "una cabeza en un torso de luna prisionera". Esta cabeza que surge del mar aparece "con la boca llameante de una pura y encendida canción de adormidera". (Tópico identidad poesía-naturaleza).

En segundo lugar: la comparación de la poesía con el fuego. La poesía es ardiente, apasionada, viva, etc. Tópico utilizado desde hace años cuando se quiere definir livianamente la poesía, se reitera en el adjetivo "encendida".

En tercer término: la poesía que canta esa cabeza que surge del mar —que parece ser el ideal de poesía natural y viva—, debe ser "pura". Las canciones más bellas, se suele insistir, son aquellas imaginadas, pero nunca oídas. El hombre sólo alcanza a bocetar poesías "manchadas" de realidad. Chela Reyes pretende adjudicar a esta canción pánica que surge desde el mar, una pureza romántica imposible de reproducir en el lenguaje de los mortales. Este sueño de poesías irrepitibles, poesías que se avizoran en la fantasía y que luego se disipan, poesías que un ángel nos reza al oído, pero que después se olvidan misteriosamente, completa el esquema conceptual implícito en el quinto verso de la segunda estrofa.

Pero hay aún una cuarta determinación de lo que es la canción ideal: "de adormidera". La poesía nos hará evadirnos de la realidad, tal como la adormidera posee la sagrada función narcótica de embelesarnos en bellezas extrañas, inmarcesibles, ajenas a la realidad inmediata.

Y una quinta: "la boca del canto prisionera". La afirmación de que el poeta está condenado a hacer poesías, que no puede dejar de escribirlas, no es más que otro homenaje a una consideración tragicómica de lo que es un vate.

Pero, sobre todo, es discutible el derecho a formular ideas y juicios sobre la poesía dentro de la misma poesía. Pero así son los versos de Chela Reyes:

imágenes sueltas, con referencias intelectivas, escritas dentro de un régimen retórico que imita al lenguaje poético. Muchas estrofas pueden ser reducidas a afirmaciones y juicios en prosa sin que nada del contenido se pierda.

No sólo el contenido puede ser reducido a esquemas conceptuales, sino aun la forma. La adjetivación es generalizadora y abstracta: "mortal, lívida, celestial, prisionera, pura, verdadera, dulce, enamorada, entera, etc.". Muchos sustantivos a los cuales concede primacía, aluden a objetos poéticos mantenidos en su rigidez de museo estético, e incluso a sustantivos de escaso contenido específico: "sangre, venas, hogueras, horizonte, canción, eco, vida, muerte, nombre, boca, torso, floresta, senda, luna, mar, mirada, espuma, ribera, etc.". Considerados como "sésamo, ábrete" de la poesía, estas palabras han hecho las delicias, en sí mismas, de las más variadas formas de romanticismo desde hace bastante tiempo, y siguen haciendo las de Chela Reyes. *Elegías* es, en este sentido un viaje dilettante por todo "lo ya reconocido como hermoso". La poetisa no se aventura, no osa correr ninguno de los riesgos de la auténtica poesía.

A veces pareciera que las imágenes que la autora tiene o ha tenido en su mente, han sido hermosísimas. Pero fracasa en sus desesperados intentos para darles expresión. Incluso el más minucioso virtuosismo y el más complicado retorcimiento del lenguaje, resultan ineficaces; a veces, tal vez porque se entusiasme demasiado en el detalle: por inscribir lo mínimo, pierde de vista lo máximo y la imagen se desintegra en sus partes analíticamente estudiadas.

En todo caso, se respira en *Elegías* una calidad y un esfuerzo sincero por alcanzar la forma bella que permiten leer sin desagrado el conjunto de poemas. Más aún, hay versos y estrofas enteras que alcanzan semejanza poética.

JAIME GIORDANO

*La Evolución poético-sentimental de Cecilia Casanova — Como lo más solo —
De cada día — Los Juegos del Sol.*

La expresión sentimental de lo humano ha conocido muchos medios, muchos vehículos de comunicación social, que de acuerdo con su mayor o menor perfección han revestido asimismo, mayor o menor trascendencia, traducéndose esta en la comprensión y en la vibración que experimentan los individuos frente a las ideas del autor, frente a su expresión estética, frente a su mensaje humano. Entre estos medios encontramos, histórica y actualmente, dos que son particularmente comunicativos, que divulgan aquellos sentimientos fundamentales del autor con una singular vivacidad, con una especial nitidez, y son ellos, la música y la poesía.

Nos referiremos en esta oportunidad a uno de estos medios y a un autor: la poesía de Cecilia Casanova, la expresión sentimental de un alma noble,